

ANTONIO OTERO SECO

MI AMIGO RAMON

---

SE NOS HA muerto Ramón; y aun cuando hacía ya tiempo que andaba por el aire el cuervo de Jorge Manrique, uno no puede hacerse a la idea de que a estas horas sea aquel toro ibérico que fue Ramón la réplica del cuadro —“La muerte viva”, mitad carne, mitad esqueleto— que guardaba en su Rastro particular e intransferible de Velázquez 4, como una definitiva representación macabra de “Los medios seres”.

De los cinco Ramones famosos de España —él, Menéndez Pidal, Pérez de Ayala, Valle Inclán y Jiménez— Gómez de la Serna era para los hombres de mi generación Ramón a secas, con mayúsculas, mejor que con la grafía normal. El fue para nosotros medio brujo, medio alquimista, medio ser y no ser, como un nuevo Marqués de Villena; un hombre orquesta con música celestial y letra viva; un escritor proteico y multiforme erizado de facetas deslumbradoras; un malabarista de las ideas; el creador del “ramonismo” y de las “greguerías”, definidores de su original visión de la vida, de su imprevista caza de la imagen, de su asombrosa pesca de lo misterioso y de lo insólito, del rasgo soterrado y sugerente en esa zona onírica en que se dan cita, para ver quien puede más, la realidad y el sueño, la locura y la ecuanimidad, la verdad y la mentira, lo bello y lo feo, lo delirante y lo pausado. Hasta la última hora de su vida estuvo de guardia en la Casa de Socorro de la actualidad, dispuesto a la sutura o a la trepanación de urgencia.

¿Qué es la greguería? ¡Ah, amigos! Definirla es tan difícil como definir el sexo de los ángeles. Tan rica de semillas bulliciosas y germinadoras es siempre, aun la que parece más vaina vacía a los ojos que no saben barrenar. La greguería —sigamos el camino fácil— puede parecerse a una “dolora”, a un pensamiento filosófico, a un epigrama, a un “diván”, a un hai-kai...

eso —¿y por qué no?—, pero entre todo eso y la greguería existe la misma diferencia que entre la arena de la plaza de toros y la del circo. Y ya Ramón estableció la diferencia: “La arena del circo se parece a la de la plaza de toros, pero ¡quiál!”

A veces he pensado que la greguería no es, ni más ni menos, que una perogrullada difícil; pero en seguida me he dado cuenta de que me quedaba a medio camino. “El día que la Q se cansó de mover el rabo —dijo Ramón en una de ellas— nació la O”. El día que Gómez de la Serna se cansó de mirar con sus ojos y empezó a mirar con los de Ramón nació la greguería, visión del mundo y de las cosas a través de un monóculo sin cristal. El monóculo sin cristal proporcionaba a Ramón esa Visión intrauterina e inédita, esa cara demoníaca y angélica que tienen las cosas cuando dejan de ser lo que eran para ser lo que serán. Exactamente: para ser lo que son.

Ramón publicó su primer libro a los quince años. El último es un epistolario lírico y celeste lleno de flechas vivas buscando la diana exacta: “Cartas a las golondrinas”. Entre uno y otro han parido las prensas, durante medio siglo, más de un centenar. Fuera de sus libros —acaso sea ahí donde hay que ir a buscarle para estar seguros de encontrarle— ha dejado miles de ensayos, de artículos periodísticos, de conferencias, de emisiones de radio, de estudios críticos y de greguerías no recogidos en volumen. “Gómez de la Serna es hombre que dice todo lo que se le ocurre, escribe todo lo que dice, publica todo lo que escribe y regala todo lo que publica”, escribió Francisco A. de Icaza. Y Alfonso Reyes, que le conoció bien, le quiso y le admiró: “Gómez de la Serna es capaz de todo: un día publicará en postales y en hojas de papel de fumar”. Alguien le comparó a “El Tostado”, pero “¡quiál!”

Fue un originalísimo novelista —en “El dueño del átomo” hay una exacta visión porvenirista y profecía—, un crítico sagaz, un periodista de hallazgos inéditos, un ensayista hondo, un comediógrafo no conformista y renovador —en “Los medios seres” se adelantó en medio siglo a Ionesco—, un conferenciante de insólitas sorpresas y un biógrafo —Goya, “El Greco”, Azorín, Valle Inclán, Velázquez, Juan Gris, Maruja Mallo, Carolina Coronado, Lope de Vega...— que supo penetrar en lo más hondo de sus personajes y hasta extraer esa almendra recóndita que sólo saben encontrar y pelar —y comerse— los auténticos mineros del alma. Y, sobre todo, fue un trabajador incansable amarrado al duro banco de la galera de cada día, un laborioso obrero genial de las letras con la dolorosa cruz de las treinta cuartillas al hombro dolorido de cada mañana. “La habitación de Ramón —escribió Valéry Larbaud— encendida toda la noche y Ramón trabajando bajo esa luz,

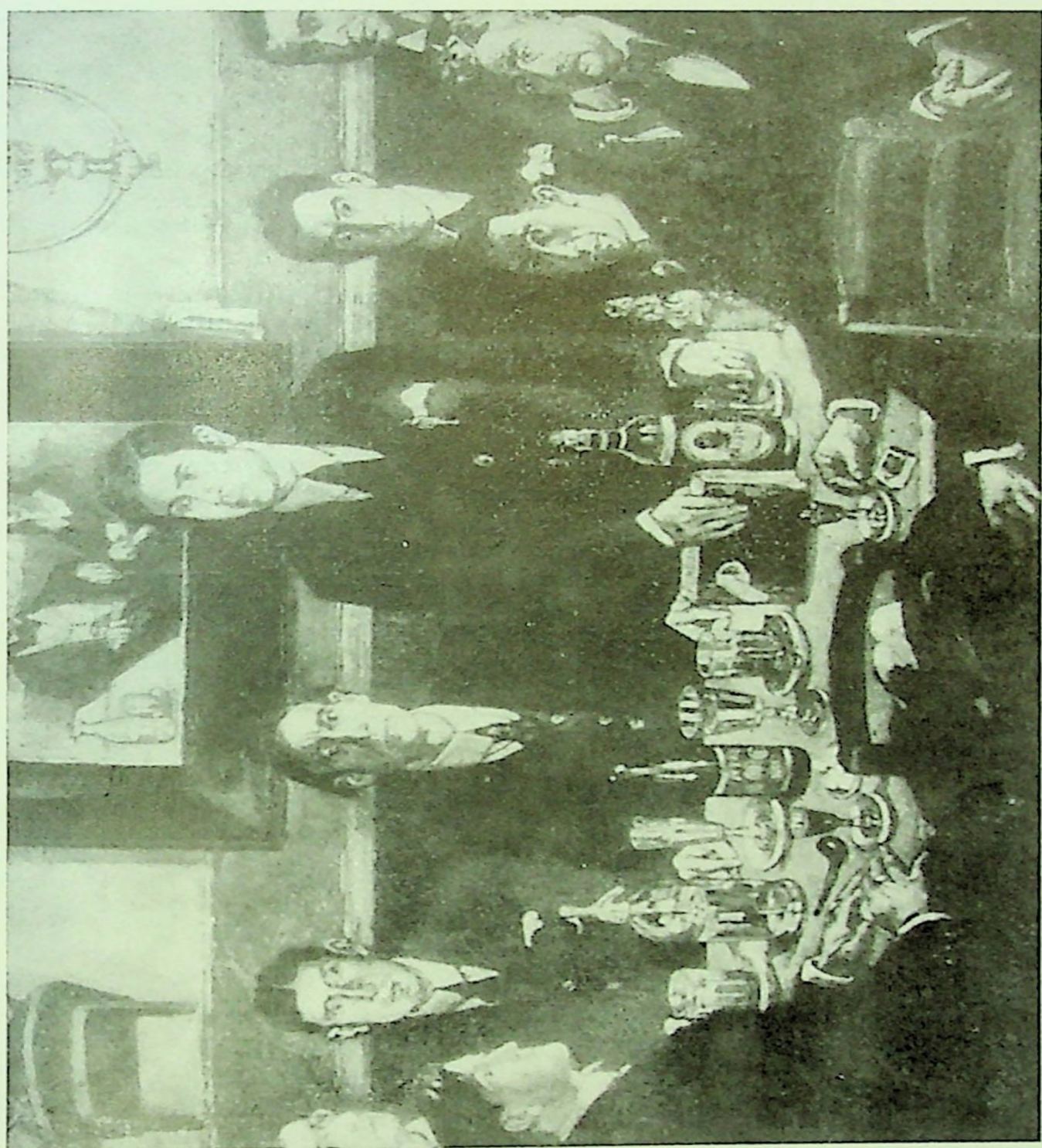
es seguramente algo con lo que sueñan los que le conocen cuando se desvelan o se levantan entre dos y cinco de la madrugada. Y cuando se viaja y se llega al amanecer a una ciudad, nos imaginamos el balcón de Ramón, iluminado en el alba, allá lejos, en Madrid, como luz de navío en las avanzadas de Europa”.

Ramón no fue otra cosa que escritor. No quiso ser otra cosa. Escribió con tinta roja, para dejar bien patente que el escritor vierte cada día, en el parte de las ideas, un poco de su sangre. Y aunque siempre sonrió, por dentro le andaba la procesión, el murciélago de la frase de Larra: “Escribir en España es llorar”.

Sintió horror por la política desde que, adolescente, presenció la “ejecución” de su padre en el Congreso de los Diputados. Cuando muchos de sus amigos fueron Ministros, embajadores, directores generales o gobernadores civiles, Ramón siguió siendo escritor. Y, sin embargo, un gobierno con un poco de imaginación hubiera podido nombrarle embajador en la isla de San Balandrán, país remoto —y próximo— de sus greguerías.

Ramón vivió fuera de España en varias temporadas de su vida, pero siempre llevaba a Madrid en las maletas. Fue algo así como el Hermano Mayor de los Exilados de Todas Clases, con la piel del toro ibérico a remolque de su constante saudade insatisfecha. Aquí, en París, usó una tarjeta de visita que decía textualmente: “*Ramón Gómez de la Serna. A coté du Carrefour des Avenues du Maine, Chatillon, Alésia et Orléans. 7, Impasse du Ruet, 1er étage, porte n° 6. Paris (14e) Métro: Alésia*”. La casa tenía una portera que “más parecía un cosaco con el gorro de lana escardada de las maniobras, propietaria de un loro y un reloj de cuco”, que se indignaba mucho cuando alguna visita le preguntaba si su inquilino comía en casa: “*Monsieur Ramon n'est pas un homme à faire lui-meme sa cuisine. Ah, ça non, part exemple!*”. Y, sin embargo, a veces no comió en casa ni “en ville” porque pasó por momentos de terrible dificultad económica que dulcificaban un poco, para su sed constante de contactos humanos, las reuniones mensuales que celebraba la “Academia del Humor Francés”, de la que él, “Charlotte”, Bontempelli y Pitigrilli eran los únicos miembros extranjeros, o la tertulia que fundó en el pequeño café de Montparnasse “La Consigne”, con la que se curaba de su nostalgia de la madrileña de “Pombo”. Cassou y Camus fueron allí, entre un numeroso grupo de españoles y sudamericanos en fraterna unión, los cónsules franceses de las buenas letras y del humor insobornable.

Ayer, solo, silencioso y con mi pena a cuestas, recorrí los lugares ramonianos de París. Ante el “Cirque d'Hiver” evoqué la noche en que Ramón, montado en un elefante, dio la vuelta al ruedo del circo



*La tertulia de Pombo*, cuadro de José Gutiérrez Solana, presidió durante muchos años las reuniones que se celebraban todos los sábados en la "sagrada cripta" del café. Hace unos años, al desaparecer "Pombo", Ramón Gómez de la Serna donó el lienzo al Museo de Arte Moderno, de Madrid, donde se encuentra actualmente. En el cuadro aparecen retratados, en segundo término y de izquierda a derecha, el crítico de arte Manuel Abril, el escritor José Bergamín, el pintor Cabrero Ramón, el poeta Mauricio Bacarisse y el autor del cuadro. En primer plano, a la izquierda, el escritor Tomás Borrás y, a la derecha, el dibujante Salvador Bartolozzi y el poeta sudamericano Emilio Coll. De las personalidades retratadas en el lienzo, sólo viven Tomás Borrás y José Bergamín.

leyendo un discurso cuyas cuartillas iba arrojando al aire como los aros de los malabaristas mientras los payasos las iban recogiendo y repartiendo entre el público que se las arrebatava.

¡Pobre Ramón! Acaso cuando escribió sus "Cartas a las golondrinas" pensó que una de ellas vendría a París para asistir, con su pechera blanca y su frac negro de gala, a otra noche de circo como aquélla, con volar de cuartillas y risas de niños y payasos, bajo la luz lechosa de los arcos voltaicos "atornillados en el revés del cielo".

Seguramente lo pensó porque esta tarde he visto cruzar por Clichy a una golondrina sin primavera bastante sospechosa.